

# Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Emilio Thuillier, Caricatura de CILLA



«Las romanas, caprichosas,  
las costumbres, licenciosas,  
yo gallardo y calavera.  
Quién á cuento redujera  
mis empresas amorosas.»

15 CÉNTIMOS



## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—MADRID CÓMICO, por Celso Lucio.—Cochinadas, por Eduardo de Palacio.—¿Tenorios á mí?... por Alberto Lozano.—Domingo, por Luis Gabaldón, ilustraciones de Sancha.—Vade retro, por Manuel Lassa y Nuño.—Carta, por Francisco Flores García.—A tal tío..., por Luis Bonafoux.—¡No se me olvida!, por Juan Pérez Zúñiga.—París al vuelo, por Fray Candil.—Chismes y Cuentos.—Correspondencia particular.

GRABADOS: Emilio Thuillier, caricatura de Cilla.—El orden de los factores sí altera el producto, por Tur.—Los coquetones, por Verdugo Landi.—Frasas del «Tenorio», por Cilla.—Filarmonía, por Leal da Cámara.—Cabeceras artísticas de Cilla y Navarrete.



Dios pague á Clarín, «mi entrañable amigo»—pese á los *viles calumniadores* que han querido enemistarme con él — las frases de consuelo que me dedica en el último número de este semanario.

Bien sabía yo que mis justas quejas encontrarían eco en el generoso corazón del amigo ausente y que, sin dejar de llamarme feo, cosa muy puesta en razón,

reconocería que Sancha ha mixtificado mis facciones.

Que el cielo colme de venturas á la adorable familia del insigne escritor, por haber reconocido, de un modo tácito, que la *effigies* dibujada por el pícaro caricaturista, no es todo lo *vera* que fuere de desear.

Bien comprendo, ¡oh amigo del alma, que no es la belleza física lo que engrandece á la criatura! Demóstenes era feo, Mirabeau también, Alcalá Galiano no se diga, y el mismo D. Antonio Cánovas del Castillo (que de Dios goce), tenía que agradecer muy poco á la madre Naturaleza en cuanto á dotes personales.

En cambio, ¿de qué le sirve á Villaverde tener una caída de ojos preciosa? ¿Va á salvar la Hacienda por eso?

Pues bien; á pesar de mi íntima convicción de que *no es la tierra el centro de las almas*, me he sentido muy contrariado al ver que el dibujante exageraba mis defectos físicos; y no cesaba de preguntarme á solas, contemplando la malévola caricatura:

—¿Es este mi bigote? No. ¿Tengo yo estas narices? No. ¿Debo tranquilizarme? No.

E intranquilo hubiera estado hasta el fin de mis días, si no es por las frases cariñosas de Clarín y los recuerdos que evoca de mi risueña y dulce juventud.

Tiene razón mi excelente amigo. De tener el rostro como asegura Sancha bajo la fe de su lápiz, ¿hubiera yo sido amado tantas veces?

Y, sin embargo, aún recuerdo con el corazón palpitante aquellos días venturosos en que una mujer hermosa, ébria de pasión, apoyaba la frente en mi seno murmurando:

—¡Te amo, sí, te amo como una *dementa!*

En Vigo fué donde una joven chata, hija de un teniente de carabineros, se envenenó por mí con caparrosa; y en Madrid, calle de Tudescos, 98, estuve á punto de que me raptase la cuñada de un amigo que «no hizo más que verme y amarme», según decía ella, poseída del vértigo.

En casa poseo documentos que pongo á disposición de los lectores, en los que consta de un modo terminante que he sido amado más de una vez; hay una mujer en el mundo, hoy caracterista de una compañía de zarzuela, que estuvo loca dos meses á causa de mi desvío y le daba la locura por decir que ella era Santa María de la Cabeza y yo San Isidro Labrador, hasta que, á fuerza de fricciones en el vientre, se le fué quitando la locura.

Obran en mi poder varias trenzas de pelo, testimonios mudos de mis conquistas amorosas; y tengo junto á la barba una cicatriz producida por el vitriolo... Sí, el vitriolo, arrojado á mi faz, en un arranque de celos, por una patrona romántica.

—Ya que tu físico es la causa de que te amen otras mujeres, quiere desfigurarte—exclamó la desesperada pupilera en el momento de lanzar el líquido corrosivo.—¡O mía ó de nadie!

¿Qué quiere decir esto? Pues quiere decir que algo tendría mi faz, cuando por ella se volvíen locas las mujeres.

Clarín me ha conocido joven y casi esbelto.

No diré que yo fuese un Thuillier, pero tampoco asustaba por mi fealdad. Tenía—¿por qué negarlo?—algo gruesa la nariz, un poco grande la boca y bastante salientes los pómulos, pero todos los de-

mas detalles de mi fisonomía eran agraciados y sobre todo, cuando me ponía una corbata azul celeste, con pintas, las mujeres me encontraban hasta hermoso.

Todo esto lo digo para que se convenza el público de lo mal que me ha tratado Sancha.

Clarín tampoco ha sido feo, y aun hoy es uno de tantos hombres agradables que se pasean por ahí; y, sin embargo, al ver su caricatura en el último número de este periódico, habrá quien diga que aquél más que un hombre, parece un murciélago alevoso.

Aunque él asegure que no ha sido amado nunca, ríanse ustedes de la afirmación.

Muy amado fué, y lo que es más, muy perseguido por la mujer enamorada... y digo yo, repitiendo el silogismo del ilustre literato:

¿De tener el rostro tal como lo ha dibujado el caricaturista, hubiese sido amado Clarín?

LUIS TABOADA

## «Madrid Cómico».

(Á MANOLITO PASO)

¿Si me acuerdo, dices?

¡Vaya si me acuerdo!

Aunque por fortuna

cambiaron los tiempos

y quiso la suerte

llevarnos al puerto,

aquéllos de lucha

sin paz ni sosiego,

bregando en la sombra

con fe y ardimiento,

son tiempos que á veces

con gusto recuerdo,

que si la victoria

siguió al rudo empeño.

¡Se piensa en la lucha

con recogimiento!

¿Si me acuerdo dices?

¡Vaya si me acuerdo!

¡Qué afán por la fama,

qué envidia del genio,

qué gran entusiasmo,

qué poco dinero!

Las penas... se ahogaban

á fuerza de versos

y á cada disgusto

surgía un soneto.

Para publicarlos

qué luchas, qué anhelos

¡aquel MADRID CÓMICO

de nuestros ensueños,

con firmas de Ramos,

Vital y Luceño.

y aquella portada

denuncia de un genio  
de cabeza grande,  
de cuerpo pequeño,  
llegar á alcanzarle  
formar entre aquéllos  
la meta del arte,  
la entrada en el templo!...

Vuelve el MADRID CÓMICO  
como en otros tiempos,  
y al igual que entonces  
cumplirá su empeño,  
le honrarán las firmas  
de aquellos maestros,  
y será la puerta  
sagrada del templo.  
¡Banderín de enganche  
de poetas nuevos!  
Vital, López Silva,  
Fiacro, Sinesio,  
por allí pasaron  
ó de allí salieron.

Todo el que á la lucha  
se encuentre dispuesto  
y sienta en el alma  
la envidia del genio  
y tenga entusiasmo  
y poco dinero,  
ya tiene el camino  
marcado de nuevo.  
¡La puerta está franca,  
ánimo y adentro!

CELSO LUCIO

## Cochinadas.

No se alarmen ustedes, que no aludo á hombres y actos políticos, ni á literatos y cosas literarias, ni á teatros y salones de colores (Q. E. P. D.), ni á costumbres de enseñanza libre de ambos sexos.

Llegó el momento histórico.

Momento horrible.

Todos los años, en estos días, se repite la sangrienta hecatombe.

*Heca-tombe: Hé aquí la tumba*, según traducción del griego, por uno natural.

Ya están las familias de las víctimas propiciatorias, bañándose en agua de rosas—hipérbole admitida—pensando en el día ó en los días de las ejecuciones «á domicilio».

¡Siempre lo mismo!

Y no se levanta un gruñido en són de protesta contra esos crímenes tolerados y aun pedidos por las muchedumbres, ávidas de sangre y de esterminio y voraces de ordinario.

Ni un chico orador parlamentario que en medio de la *cochinera* doliente, proteste y declare salvaje la matanza.

Se organiza un Congreso de la paz, no sirve para mejorar las condiciones de la guerra y de los pueblos combatientes.

Pero, por lo menos, consta que se reúnen los representantes de las potencias de primera clase, para ocuparse en el asunto.

El último Congreso resultó «esterilizado», como la leche de vacas á la moda.

Pero ni aun á sabiendas de la inutilidad de las discusiones diplomáticas, se piensa en la convocatoria de una Asamblea internacional, con el propósito de mejorar, siquiera, la matanza de *esos* infelices de Cerda (sin *la*). Se explica la indiferencia de algunos países en el asunto, porque no cuentan en comarcas un solo ejemplar de la especie.

¿Qué les importa la sangrienta epopeya anual?

Viudas, huérfanos — *ú orfelinos*, que escriben algunos ahora, también de la especie *or-felina* — lloran ó gruñen las pérdidas de sus esposos y padres respectivamente.

Pero sus lágrimas, como de pobres, no llegan á humedecer las manos de los verdugos.

Todo perece; nada es duradero: mueren los hombres que honran á su nación y sucumben los... *otros*, lo mismo que los genios, sin que la humanidad piense en ellos hasta después de la muerte de unos y de otros.

A ciertos hombres de valer, levantan estatuas, después de fallecidos.

Es una compensación algo tardía.

Si hay viudas, las consuelan si pueden y si lo vale.

Si hay huérfanos «los meten en nómina» y á las veces los *asilan*.

Con las familias de los infelices que mueren sacrificados á la gula popular, ni aun tales consuelos emplean los hombres.

España, la nación hidalga y caballeresca, que entre sus nacionales cuenta con una pléyade «numerosa, de varones de alimento», no cuida de mejorar las condiciones de las víctimas, no del trabajo, de la holganza repugnante.

Y para que resulte más cruel la conducta de los españoles afortunados, los hombres holgazanes encuentran protección: los *otros*, los educados y criados para regalo de los hombres perecen sin consuelo.

Y sin embargo... crecen y se multiplican...

Nunca hubo tantos cochinos en nuestra patria, como en nuestros días.

¡Infelices!

¡Y todavía hay asnos que envidian la muerte del cochino!

Es verdad que un cesante vitalicio me decía enternecido:

—¡Quién fuera torero! ó cuando menos, toro, para morir matando.

EDUARDO DE PALACIO

### ¿Tenorios á mí?...

—Yo soy algo psicólogo, y por eso conozco á la mujer mejor que nadie; soy además un hombre muy corrido, ducho en lides de amor, práctico en lances de osadía y empeño, que requieren acometividad, destreza y arte. Conozco bien el corazón humano, he visto mucho.

—Sí, en tus mocedades dicen que te inspirabas en Tenorio, en Mañara, en Bocaccio, en Lovelace; pero yo, con certeza, no aseguro ni niego las citadas cualidades. Desde que soy tu amigo reconozco que eres buen compañero, esposo amante, que te gusta el café, que fumas puro, que lees *El Liberal*, que llegas tarde á la oficina siempre; pero nunca te conocí un enredo, y me complace, pues á tus años lógico es temerle al capitán... si aún quedan capitanes.

—¡Yo no temo á ninguno! Porque veas lo que ví, lo que pasa y lo que vale un personaje como yo, en secreto te haré saber un hecho interesante que no repetirás; él sólo indica mi temple, mi energía y mis arranques. Después del casamiento Inés conserva, como es muy natural, sus amistades, sus parientes, sus... vamos, como todas. Fué antiguo novio suyo Juan Fernández, que luego se hizo amigo de su casa y lo era de la mía; un botarate que consideraba inofensivo

—De prudencia y de seso haciendo alarde les pude sorprender distintas veces en actitudes poco edificantes, sin adquirir por esto la certeza de su falta común. Regaño aparte con mi señora; pero... al otro día les hallé en el sofá ¡lo mismo que antes! Convirtiéndose aquel mueble en espantosa pesadilla, que se hizo insoportable, por que me iba chocando ya la escena...

—¿La escena del sofá? ¡Si era chocante!

—Pues concebí un proyecto de venganza cegado por los celos y el coraje: cierta mañana le avisé al trapero, ¡y le vendí el sofá en ochenta reales! ¡Calcula el desencanto de mi esposa; la vergüenza y la rabia de Fernández! Me parece que fué recurso práctico digno de mí, que soy todo un *carácter*. ¿No es verdad, compañero?

—Lo que hiciste me parece un solémne disparate; yo sospecho, y perdona la sospecha, que ahora se sentarán en otra parte.

¿Y tú eres un Tenorio? ¡Decadente!

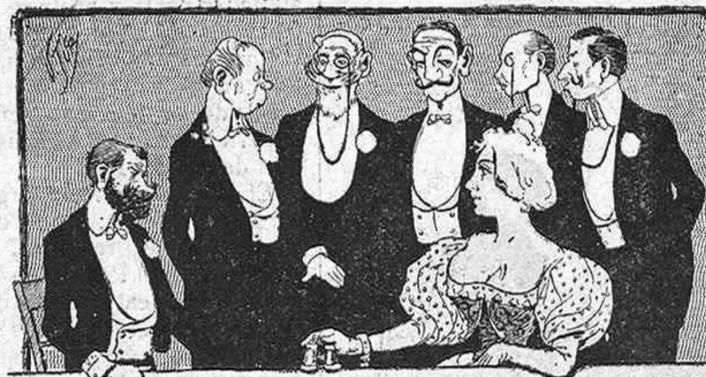
—Te prueba lo que soy que aquel bergante no estuvo, ni aun de pie, más en mi casa; no por falta de ganas...

—¿Por cobarde? sin duda era un Tenorio *modernista*; vamos, como quien dice, otro... *carácter*.

ALBERTO LOZANO

### El orden de los factores sí altera el producto,

por TUR



El gran mundo.



El mundo grande.



Un mozo de cuerda.



Una cuerda de mozos.



Un desocupado.



## Domingo.

El domingo es el descanso de la semana, el codiciado descanso para el obrero que, durante ella, sujeto en la fábrica, en el taller ó subido en el andamio, gana con el sudor de sus brazos el pan de los suyos.

Pero el domingo es otro: del cofre salen los cuatro trapitos de limpio y la camisa recién planchada por la mujer, y con los chicos por delante allá va la pareja á pasar la tarde merendando en algún cerrillo de las afueras, buscando alegría, aire y luz.

Para el obrero el domingo es día grande, para los demás, un día corriente, y si se quiere el más aburrido de la semana.



La criada de servir, la ilustre fregona, piensa en el domingo toda la semana; así que ese día, friega mal y deprisa, atropella los platos y sirve á la mesa mirando con el rabillo del ojo al reloj, porque á las dos está citada con una de su pueblo para ir juntas á las Ventas ó á la Fuente de la Teja á bailar al són del organillo ó de la bandurria de los ciegos, á subir á los columpios y á montar en los caballitos del *tio Vivo*, de los que tienen letreritos de Moscou, Santander, Berlín, Jadraque, etc.

Por el camino, y mientras llegan, van charlando de los amos, salen á relucir la vida y milagros de los respectivos señoritos, etc. Ya en el baile, no falta un militar que las obsequie con mojama fina de Alicante, ó *alcagües*, ó bien chufas. Las que son delicadas no aceptan más que agua; después del cumplido, el militar saca á bailar á su pareja, y la tímida doncella, seducida por el correaje y la gallardía del soldado, se entrega al baile, en tanto el organillo sigue quejándose como un reumático.



Al anoecer termina el jaleo; las criadas aprietan el paso; hay que llegar á casa de los amos antes de la hora de la comida, porque, si no, la señorita se ve en el caso de decir: «Pero, Ramona, ¡qué cuajo tiene usted! ¡Vaya una hora! ¡Si no la hubiera dejado salir!»

La criada se mete en la cocina refunfuñando, vuelca en la sopera el puchero de la sopa sin enterarse cómo está, y es claro, luego es el testar del señorito, que dice: «¡Esto no se de comer! ¡Es bazofia!»

Pero la criada, en cambio, sueña más con aquel militar tan gallardo, que la obsequia con chufas y altramuces, y la juraba que e mismo Córdoba.

Otro elemento indispensable: los señores chulos, con el sombrero inclinado sobre la cara, el pañuelo do el cuello de la camisa, la americana ajustada al talle, balanceando los brazos con jacarandosos movimientos, como al que le

pasacalle, pisando firme y hablando recio, porque así deben hablar los hombres curtidos en la vida; el señorito chulo se encamina á uno de los bailes, entra haciéndose cargo del mujerío con una mirada, porque para eso tiene un golpe de vista como nadie, y después se dirige á la que le ha parecido más castiza, diciéndola: «Oiga usted, reina madre, ¿pue ser?»

A la mujer le da una parálisis, se sugestiona y no tiene más remedio que bailar con él; pero eso sí, baila como las propias rosas, grave y solemne con una seriedad digna de un protocolo, como el que se hace cargo.

Porque él no va á las Ventas más que á eso; sus bailecitos, mozas y pándele usted por el mundo! como él dice y ¡buenas van las mascararas! después y aprovechando un descanso, deja á la pareja y sale á refrescar en el próximo merendero, y no falta un amigo que al verle exclama:

—¡Tú es la primer suerte para enloquecer al sexo bello!

—Ya lo ves, ahí la tienes hecha una yema. Y es que para las mujeres soy más infalible que la denticina.

—¡Lo saben las madres, no digas más!

El hortera, el tan calumniado hortera, desde el momento que cierra la puerta de la tienda el sábado por la noche, es un hombre feliz. *No se abre los domingos.* ¡Con qué gusto lee esta

palabra! ¡qué simpático le parece este letrado! En la semana, me decía uno, debía haber dos domingos por lo menos. Y se comprende. El domingo bien temprano se levanta mi hombre, se viste con lo mejor que tiene, uno de los dos trajes que al año le da su principal, se afeita, se corta y hasta se riza el pelo, se frota los sabañones con una lija, como si limpiara una armadura, se coloca una flor en el ojal y compra un puro, el ideal de la felicidad, en el humo de aquel cigarro van las ilusiones de siete días de mostrador.

El hortera, sin embargo, ha seguido otros derroteros: huye de las criadas, tiene otras aspiraciones, y en lugar de las Ventas ó el Puente de Vallecas, como antes, va al teatro á ver dramas, que es lo que más siente; en los horteras brota fácilmente la afición dramática; de ahí que se formen en el comercio tantas sociedades de aficionados con títulos bien expresivos: *Los colaterales de Maíquez*, sociedad dramática, *Los nuevos moldes*, jóvenes modernistas, etc.

Y son felices. Soldados, criadas, modistillas y horteras, tienen un día bueno, abierto por entero á la juventud y al amor.

No todos pueden decir lo mismo.

LUIS GABALDÓN



Ilustraciones de SANCHÁ.

## Carta

que un hombre de humor dirige, desde la Corte á un aprendiz de escritor del partido de Monforte.

Me pides un consejo, caro amigo, y ser contigo complaciente quiero y hasta mostrarme espléndido podría. Otra cosa sería, si te atrevieses á pedir dinero. ¿Qué te dé mi opinión franca y sincera sobre ciertas cuestiones? Eso lo da cualquiera aun sin tener franqueza ni opiniones; pues no hay mortal que considere agravio que le tome su prójimo por sabio.

Sabiendo que yo soy del Mediodía, me has tomado por norte, ó, si se quiere, por experto guía, y me consultas la soberbia idea de abandonar la calma de tu aldea por el recio bullicio de la Corte, á pretexto de ser, según te dicen el médico y el juez y el boticario, —sabios de campanario— un joven que promete, y necesita para ser de la gloria claro espejo, de más vasto escenario que el de ese miserable lugarejo en donde todo genio se marchita. Para ver si esos sabios del Concejo han tenido razón en sus razones, me envías tus primeras producciones. En apurado trance me has puesto, vive Dios, mi dulce amigo. Tú escribes en quintillas y en romance y manejas la silva y la cuarteta; pero la inspiración no fué contigo y tienes de poeta lo que yo de arzobispo. Francamente, los que intentan meterte en aventuras, quizá por tus pasadas travesuras

te quieren malamente, y alientan tu esperanza por espíritu estrecho de venganza.

Suponiendo que fueses un portento, un hombre extraordinario, como dicen el juez y el boticario, no te aconsejaría, sin sentir un atroz remordimiento, que fiando tan sólo en la poesía, y en los solos recursos del talento, vinieses á Madrid tras el dorado esplendor de la gloria y la fortuna, y cual otros te vieras condenado á dormir muchas noches en el Prado á la luz de la luna... cuando hay luna.

Ya no existen patronas que alimenten el talento en estado de canuto. Hoy ya quieren cobrar, y no presienten si el hombre ha de llegar ó no al proscenio; y es que se ha presentado mucho bruto disfrazado de genio, y en fuerza de *tostadas* é intentonas, están echando chispas las patronas.

Tú no puedes saber desde tu aldea lo que tiene esta lucha de execrable, al ver que es tu enemigo formidable el que marcha á tu lado en la pelea; ni podrás comprender que en esta lidia, el sabio general de alto renombre del bisoño soldado tenga envidia... y eso es, mi buen amigo, por que el hombre, si es escritor, aun siendo de los buenos, no es imagen de Dios ni mucho menos

¡La gloria!... Si supieras, dulce amigo, lo que cuesta alcanzarla, lejos de ambicionarla desde el oscuro fondo de tu aldea, el más santo temor te inspiraría solamente la idea de haber pensado en ella un solo día. Pocos hombres alcanzan sus favores; y aun aquellos mortales que dichosos se proclaman un día vencedores,

á despecho de necios, y envidiosos, llegan al sacro altar, ante la diosa, marchitos por los fieros desengaños, la cerviz inclinada ante la fosa... y viendo, en los sarcasmos del destino, que por correr en pús de una quimera se dejaron los más el alma entera, en las punzantes zarzas del camino... De lo cual—¡oh, Fulano!—se deduce que viene á ser la gloria literaria además de costosa, innecesaria, porque á nada conduce.

Antes de terminar, una advertencia te debe mi modestia, que es notoria. Estas cosas que digo de la gloria, las sé de referencia; que yo no la he tratado ni la he visto de cerca ni de lejos, ni vislumbré siquiera sus reflejos, que á tantos infelices han cegado.

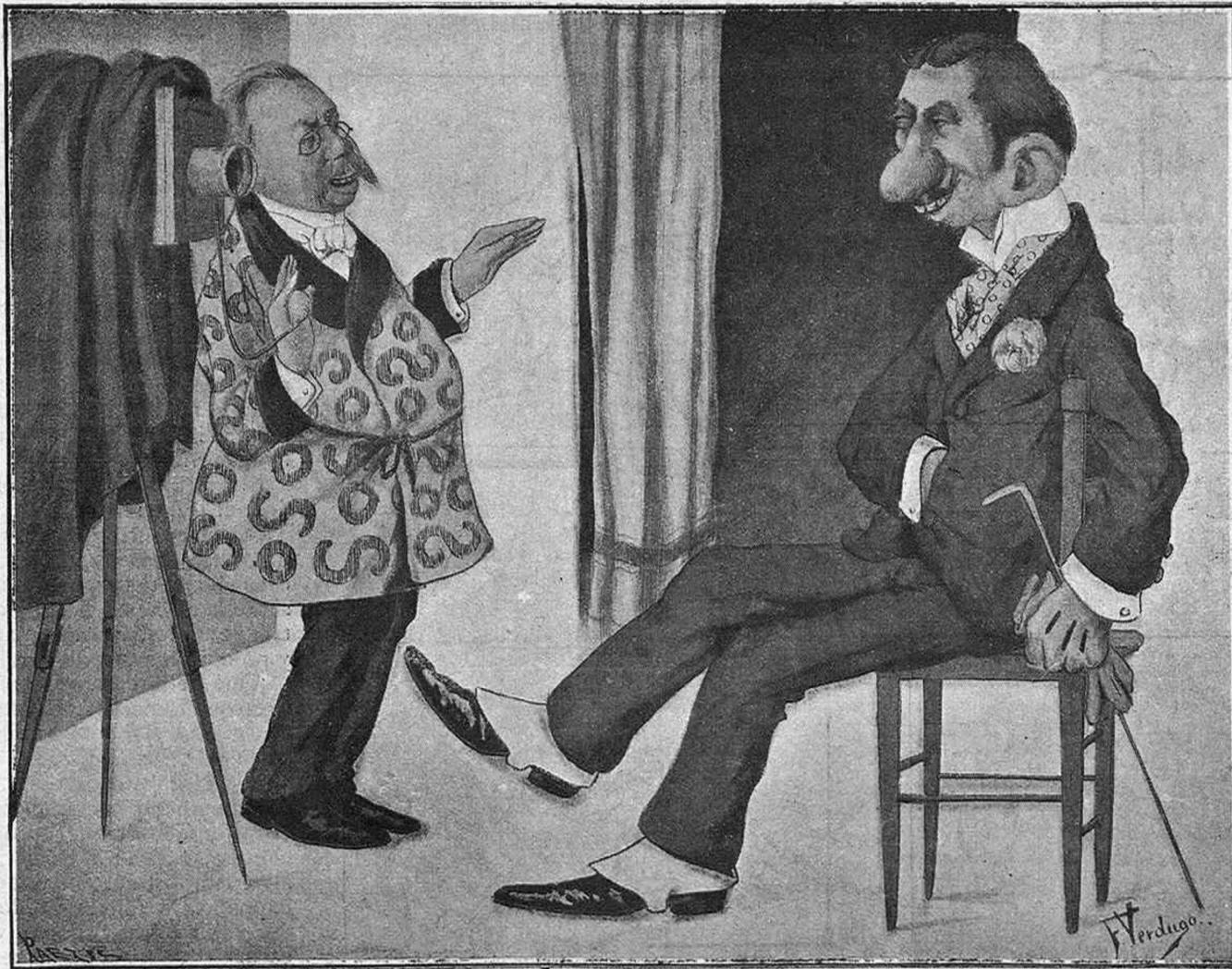
Como te hablo en verdad, casi preveo que el consejo te duela, y, consultado el caso con tu abuela, te vengas á Madrid en tren correo. Y no me extrañaría; pues es fama que escritor incipiente es cual enamorado impenitente á quien dicen horrores de su dama, y alienta su pasión y su locura quien del objeto de su amor murmura; que por más que te asombre, esa es la triste condición del hombre.

Por si al fin y á la postre te decides á pasar en la Corte el purgatorio buscando un porvenir que es ilusorio, escucha, y no lo olvides, el último consejo, y terminada con esto mi misión justo es que sea: Déjate el corazón en esa aldea, que en Madrid no te sirve para nada.

Por la copia,

FRANCISCO FLORES GARCÍA

Los coquetones, por F. VERDUGO



—Ya está enfocada la máquina, póngase usted como quiera.

—De perfil y sonriendo, que es como le gusto á ella.

## A tal tío...

Unos escritores hacen mérito de los elogios que les dedican; otros escritores hacen méritos de las censuras que reciben. Pertenezco á esta categoría. Ya he dicho que en punto á odios soy egoísta. Son mi mortaja. Sin ellos sentiría frío el corazón. Embotello, pues, el odio ajeno para que fermente como la miel de caña que se tiene largo tiempo en un recipiente cerrado.

Debo declarar, sin embargo, que me sorprenden ciertos ataques ahora que vivo en París, dándomelas de proscripto á lo Ruiz Zorrilla. Parece un poco impío que se venga á amargar el cocido—ó *pot-au-feu*, que decimos los franceses—de la emigración.

Y eso es lo que quiso hacer conmigo un señor Redonet, que no sé quién es, y acaso no lo sepa él mismo, disparándome un capítulo de un folleto.

He dicho que no sabía quién fuese Redonet, y ahora caigo en que es el sobrino de su tío. Porque el capítulo de autos se titula así:

LUIS BONAFoux

(A mi querido tío Joaquín L. Doriga.)

No se sabe á punto fijo si Redonet dedica el capítulo á su señor tío, ó si me dedica á mí mismo, como si fuera yo un objeto de arte.

Lo que se sabe es que siendo alcalde el D. Joaquín, tuvo la ocurrencia de decomisar de las librerías de Santander, y recoger en el carro del Ayuntamiento, según dijo la prensa de aquella ciudad, «las obras de Zola, Daudet, Bourget, Pérez Galdós, Pepe Estrañi, Nakens y Bonafoux».

Protestó la prensa de Madrid; pero «con la corrección que le caracteriza»; y yo creo recordar que llamé burro á D. Joaquín.

Como ha dicho Wolff, dos imbéciles se entienden siempre; don Joaquín se entendió con D. Redonet. Antes teníamos tío. Ahora tenemos tío y sobrino.

Lo más chusco del caso es que dicho señor está furioso conmigo, porque, según he sabido por él, me han elogiado algunos críticos.

Y dice:

«No faltan críticos, como *Fray Candil* y *Ahrimán*, que consideran á Bonafoux como un gran escritor, y como «uno de nuestros espíritus fuertes que se ocupan en dar la batalla á lo falso, sentando las bases de una literatura sana y robusta, sin sombra de farsa ni trapacerías»; pero las alabanzas de estos críticos son precisamente un argumento más en favor de la mala fe de Bonafoux. Es éste, además, según asegura *Ahrimán*, «un humorista á su modo, modo original y típico».

Con este motivo, el Sr. de Redonet, en vez de emprenderla con los Sres. Bobadilla y Martínez Ruiz, la emprende conmigo; como si fuese mía la culpa de que dichos críticos me hayan elogiado.

Tales son los cargos que me dirige el sobrino de su tío, puesto que no me ha leído, según dice:

«No he leído ninguna de las obras ó tomos publicados por este *insigne literato*, ni siquiera *El Avispero* (que según *Ahrimán* vale más que cualquiera de las novelas de Alarcón), porque no tengo el dinero para comprar semejantes libros.»

¿Qué quiere Redonet? ¿Qué le regale mis libros para que los tire al carro del Ayuntamiento, ó para que los venda y se haga con unas pesetas para pitillos? Eso sería demasiado. Pidaselas á su tío, y su tío se las dará, aunque sólo sea por el palizón que le dedico.

A pesar de no haber leído mis libros, parecen «repugnantes» á este crítico beatífico, «porque son contrarios á Dios y á la Humanidad», porque me burlé «de la Encíclica del Pontífice recomendando se rece el rosario, una obra magna, una sublime síntesis de la doctrina católica, una solución perfectamente realizable del problema obrero». Para el Sr. Redonet las cuentas del rosario son algo así como albondiguillas. En cuanto el obrero reza un rosario, ya tiene resuelto el problema de comer. Es probado.

También le parezco «repugnante», porque Bonafoux se permite llamar bestia resignada á uno de los pueblos más poderosos que existen (Rusia), y concluye con la blasfemia de decir que elevan oraciones á un Dios que jamás les hizo caso, como queriendo dar á entender que otra cosa es imposible. Y para dar mayor fuerza á la blasfemia, le llama *buen Dios* con ironía que hiela el corazón.

¿Cómo que lo escribí en invierno! Pero ¿cómo quería usted que yo llamase á Dios? ¿mal Dios? ¿Rediós?

El Sr. Redonet cree que Dios me pedirá estrecha cuenta de mis blasfemias. Creo lo mismo. Pero que si voy por blasfemo al infierno, Redonet no andará muy lejos por idiota.

El sobrino de su tío termina dirigiéndose al lector:

«Si al coger entre las manos este tomito, has pensado ver en él algo bueno, desde luego te ruego que lo dejes otra vez sobre la mesa, ó sobre donde quieras, con tal que no le emplees en algo *poco decente* y no muy honroso para mí.»

¿Qué delicada alusión al *water closet*! Creo que Redonet deba anticiparse al lector, y echar el folleto en tal sitio. Luego... echar á D. Joaquín, y, por último, echarse él mismo de cabeza. Aunque quizás debió empezar por lo último antes de escribir el folleto, que no tiene por donde cogerlo; y si el lector lo dedicara á ese algo *poco decente* que teme Redonet, se expondría á un sarpujido por contacto de malas letras, aunque quedándole el consuelo de ponerse aquello á la misma altura intelectual de la cabeza de Redonet.

## Frases del «Tenorio», por CILLA



—Por donde quiera que fui, la razón atropellé...



—¿Cual gritan esos malditos!



—Ni reconocí sagrado...



—Yo á los palacios subí, yo á las cabañas bajé...



—Siempre vivió con grandeza, quien hecho á grandeza está.



—¡Ah, qué filtro envenenado me das en este papell...

LUIS BONAFoux

Filarmonía, por LEAL DA CAMARA

## París al vuelo.



—Manolo, vengo por tí; vas á tocar la guitarra.  
—Pues, chico, vienes muy mal, porque yo no sé tocarla.  
—¿Que no sabes, siendo músico? Pues ¿qué tocas? —Ahora, nada.

Empeñóse mi mujer, cuando era joven y guapa, en que yo tocase el corno y ¡harto me pesa en el alma! que hoy toco las consecuencias por culpa de la Torcuata.

## ¡No se me olvida!

I  
El día primero,  
que es día de llantos,  
y van muchas gentes  
á los Camposantos,  
yo por imitarlas  
en sus actos serios,  
fuí á dar una vuelta  
por los cementerios.  
Al entrar en uno  
cuyos panteones  
ostentaban ramos,  
cruces y blandones,  
entró al mismo tiempo  
una dama hermosa  
de andar menudito,  
pálida y llorosa,  
y ante un mausoleo  
de los más bonitos  
donde había un ángel  
y ocho farolitos  
y varias coronas  
y un gorro de punto  
y hasta las babuchas  
que gastó el difunto,  
se paró la dama,  
se postró de hinojos  
y empezó á echar caños  
de agua por los ojos.  
Daba solo el verla  
ganar de llorar.  
¡Cuántos lagrimones!  
¡cuánto suspirar!  
Todo por el muerto  
que á sus pies yacía  
y que fué su esposo  
cuando se movía.  
«¡Carlos! —exclamaba—  
¡hombre inolvidable!  
¡mira en mí la viuda  
más inconsolable!  
¡Casi hace dos meses,  
pronto los va á hacer,  
que tú me dejaste  
viuda sin querer,

y no me es posible  
ser jamás dichosa  
desde que te tengo  
dentro de la fosa.  
¡Conque, adiós, esposo,  
que se acaba el día.  
¡Adiós! ¡ahí te quedas  
en la tumba fría!»  
Y tras un suspiro  
que me conmovió,  
aquel bulto negro  
desapareció.

II  
Todo el santo día  
me estuve acordando  
de la pobre viuda  
que encontré llorando;  
mas llegó la noche  
y me dió la gana  
de irme de paseo  
por la Castellana,  
y allí vi á mi amigo  
don Julián Cervera  
(hombre no muy joven  
pero calavera);  
con un bulto negro  
de andar menudito  
y si bien el verles  
me importaba un pito,  
ví que iban muy juntos  
y según noté  
muy bajito hablaban  
sabe Dios de qué.  
Y ahora, lector mío,  
le voy á contar  
la sorpresa grande  
que hube de llevar.  
¿Usted no se puede  
figurar quién era  
aquel bulto negro  
que iba con Cervera?  
Pues era su primo  
don José Moral,  
que es beneficiado  
de la Catedral.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

En mi *quartier* no hay decadentistas; como quien dice, en mi barrio no hay perros.

El decadentismo murió, menos en París, salvo alguno que otro poeta melenudo que anda por esas revistas de colores, que nadie lee, rimando psicologías sibilinas. En algunas repúblicas de la América del Sur—y á mí que no me cuenten, por que vengo de recorrerlas á mulo limpio, no todas, algunas—el decadentismo está que arde. ¡Qué poetas, qué prosistas! Ya no versifican sino en prosa (las bromas, ó pesadas ó no darlas): en versos que se pierden en la lejanía, de treinta y cuarenta sílabas. ¡Cuántas discusiones tuve por allí con motivo de Mallarmé y de Verlaine! A Mallarmé no le entiende nadie—decía yo.—Verlaine tiene cosas buenas, hondas y tristes, pero su obra, en conjunto, es un galimatías de degenerado.—No diga usted eso.—Y sin darse cuenta de que yo iba de París, de llevar una vida intelectual, no de boulevard y de café-concierto, me tildaba de no ser lo bastante *refinado* y puede que de obtuso. Comprender, lo comprendo todo, hasta las cosas que escribe Miguel de Unamuno, una especie de Nietzsche vascongado. Siempre que leo á Unamuno, me digo: «Así hablaba Zarathousta» ó Zoroastro.

—Vea usted—decía yo á mi contradictor—Anatole France, cuya perspicacia no me negará usted, tampoco entiendo este modernismo nebuloso *pour épatér le bourgeois*.

En uno de los tomos de su *Vida literaria*, cuidado si se ríe de esos funámbulos que á mí me hacen el efecto de ciegos gesticulando en un cuarto oscuro. Del mismo Bertillon, el antropométrico, se burló todo el mundo en Rennes, porque quiso probar *simbólicamente* la culpabilidad de Dreyfus. Bertillon, en la ciencia criptográfica, ó en el arte, si ustedes quieren, venía á ser lo que Mallarmé en la poesía. Muy sabio; pero ni él mismo se entiende. *Sugerir* ideas y emociones no es lo mismo que expresarlas. Si

al pintar un perro sugiero la idea de... una alcachofa, pues claro está que no he pintado un perro. Estos poetas simbolistas anuncian un crepúsculo y luego resulta que no hay tal crepúsculo, sino un gabán ó un par de zapatos. Yo creía hasta ahora que las palabras servían para *sustituir* el objeto; pero estos simbolistas pretenden que la dicción, el vocablo, no sirven sino para despertar *reflejos*, como dicen los psicólogos.

Mi amigo no daba su simbolismo á torcer.

Me recitaba versos de Mallarmé, de Verlaine, en voz alta y después añadía:—¿Quiere usted nada más sugestivo que eso?—Puede que Max Nordau tenga razón en cuanto dice, en su *Degeneración*, de los admiradores de la flamante escuela.

Jules Lemaitre les llama *fumistes*; Jules Bois les compara con salvajes hojeando una gramática inglesa y un léxico de arcaicas voces olvidadas. Brunetière no les trata con más blandura. En suma: no hay en Francia un solo escritor de talento que no se burle de esos *tartamudos* enamorados de lo irracional, de lo enrevesado, de lo crepuscular y artificioso.

No soy académico, ni gana; detesto las *ideas hechas*, lo vulgar, lo prosaico; pero no comulgo con esas estéticas absurdas que si prevaleciesen, darían en breve al traste con la literatura de todos los tiempos. Cada día soy más partidario de lo natural y espontáneo, y sin perjuicio de admirar las complicaciones psicológicas del arte moderno, del exquisito, del de Gabriel d'Annunzio y Huysmans, por ejemplo.

Nada más fácil que imitar á Góngora; nada más difícil que remedar la sencillez clásica de Valera.

Los literatos que yo conozco en París no son decadentistas ni simbolistas; lejos de eso, miran con lástima al extranjero que se queda *bouche béante* ante esos locos melenudos que suelen oler mal.

C réanme ustedes; los decadentistas no se bañan.

FRAY CANDIL



Una Sociedad de baile, que ha instalado sus salones en la Plaza de la Cebada, núm. 13, se ha bautizado, honrándonos mucho, con el nombre de este semanario.

Excusamos manifestar nuestro agradecimiento á ese montón de jóvenes de buen humor.

MADRID CÓMICO, periódico, y *Madrid Cómico*, Sociedad de baile, han conocido á fondo á D. Paco Silvela, y siguen al pie de la letra el famoso refrán:

«A mal tiempo, buena cara.»

Es decir, que ambos *Madrides* toman las cosas tal y como se merecen. ¡A risa y bailando!

*El Tiempo*, diario silvelista, ha cesado en su publicación.

«Nuestros amigos están en el poder—dice el colega en su despedida;—nosotros, pues, sobramos aquí.»

El eclipse del colega será breve, porque sus amigos tardarán muy pocos días en abandonar el poder.

Porque el país, cuando pregunte a Silvela

—¿Se fué Bas?

y conteste el jefe que sí, le dirá inmediatamente:

—Pues tú te *bas* con él.

Convengamos en que *El Tiempo* no ha estado oportuno al cortarse la coleta.

Ahora le va a costar trabajo que le vuelva a crecer el pelo.

Y ya no le admitirán, cuando se vista la taleguilla, más que en las plazas de tercer orden.

¡Pobre Rancés, qué pelo, digo, qué coleta, vas a echar!

Con la retirada del Guerra están desesperados los empresarios taurinos.

—¡Se nos reventó el negocio!—exclaman melancólicamente.

—No hay que afligirse, caballeros—les dice MADRID CÓMICO—Yo he encontrado una solución para que tengan ustedes a Guerra en el ruedo.

—¿Cuál? ¿Cuál?

—Contratando unos cuantos soldados y haciéndoles salir en la cuadrilla con los toreros.

—¿Y qué?

—Pues que han resuelto ustedes el problema.

—¿Cómo?

—Don Juan Tenorio lo dice:

*Donde hay soldados, hay GUERRA.*

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

¿MANDO LA FIRMA?—*Madrid*.—Sí, señor. Mándela en seguida, por que pienso publicar *Lo barato es caro* en el número próximo.

A. C.—*Madrid*.—Es usted un misántropo sin entrañas. ¡Hay que comprimirse un poco!

M. G. S.—*Iceta*.—Un fotógrafo que «transforma al ser que retrata» no cumple bien en su oficio. Será un prestidigitador de la cámara obscura, pero no un fotógrafo.

L. M. M.—*Novelda*.—Sus *Pensamientos*, tienen de todo. Bueno, lo que no es de usted, la *idea*; malo, la forma, lo único que usted ha puesto precisamente.

M. S.—*Madrid*.—¿Sirve? No, señor, y perdone la manera de señalar.

UN ASPIRANTE.—*Zamora*.—¡Ladrones!

NEBRES.—*Madrid*.—¿Conque peca usted de *descaradillo*? No sea usted modesto. De lo que peca usted es de... *Mascarón de proa*.

F. H. A.—*Madrid*.—Nada sabemos aquí de esos números suplementos.

S. P.—*Madrid*.—Los insultos se dirigen a las personas particularmente, no por conducto de la prensa. Aparte de que

*es inútil que muerda su señoría.*

J. G.—*Madrid*.—No admitimos artículos, como no sean de superior calidad y el que me remite no pasa de ser una vergonzosa medianía.

E. L. H.—*Madrid*.—Eso es una proquería, sin gracia.

UN POLLO.—Sin saliente alguno. No versifica usted mal, pero hay que decir algo.

M. M. C.—*Madrid*.

*Dejad tranquilos yacer  
a los que con Dios están.*

K. K. SE-NO.—*Gijón*.—Sus malagueñas con *estrabote libre* tienen el mismo sabor que tendría un canto asturiano *inventado* en Málaga.

C. C. R.—*Madrid*.—Publicaré ahora mismo uno de sus cantares:

*Amor mio de mi mala  
vida de mi corazón  
cada vez que yo te miro  
me se parte el corazón.*

*Corazón y corazón*, son *excesivamente* consonantes, según afirma Carulla en su Biblia famosa.

CRITO.—*Orense*.—Eso es más serio que un ajo.

JUAN VENENO.—*Madrid*.—Venga usted por la guita, cuando vea sus versos publicados, que va para rato.

P. M. T.—*Madrid*.—Admitido su *Cuento*.

ZERAÚS.—*Madrid*.

*Sus epitafios, señor,  
no merecen el honor  
de publicarse... ¿Mentira?  
No olvide usted a Campoamor.  
Todo es según el color  
del cristal con que se mira.*

S. CELORRIO.—Gracias por su entusiasta felicitación. Como no fecha usted su carta, ignoro dónde he de servirle la suscripción que desea.

EL REY DE BASTOS.—*Valladolid*.—La idea es bonita, pero la forma, sin ser mala, adolece de varias incorrecciones. Rehaga *Sueño de artista* y vuelva a mandarlo.

G. L. V.—*Salamanca*.—Desde que el mundo es mundo, le está ocurriendo al mar lo que usted advierte ahora. Y muchos lo han dicho en verso como usted, pero mucho mejor.

FAUSTO.—*Madrid*.—El secreto de ese metro poético, pertenece exclusivamente a Núñez de Arce. No le imite usted, joven, no le imite usted.

E. T.—*Valladolid*.—No sirve ese *contra-refrán*. Léalo usted con detenimiento y averiguará el motivo.

I. C.—*Madrid*.—La publicamos, corrigiéndola algo.

VERLAINE.—*Madrid*.—Campoamor hizo la misma pregunta a todas las mujeres célebres de la historia, y se quedó sin saber lo que era. Figúrese usted lo que le pasará a un hombre que como usted escribe:

*A mi mente acudió un mundo de ideas  
en mis venas BULLÓ ardiente la sangre.*

ALBIÓN.—*Madrid*.—¿Con que estaba usted «pensando en nada» cuando se le ocurrió *eso*? Pues francamente, parece, leyendo sus cuartetas, que estaba usted pensando en alguna tontería.

M. S. G.—*Madrid*.—No señalé los defectos que a mi juicio, tenía su composición, porque supuse que era usted un *guasa viva*, a quien atraía el *choteo epistolar*. Se le remiten a usted los números, porque tenía usted pagada la suscripción del último trimestre.

E. A.—*Madrid*.—*Conflicto y Cristo*, no son consonantes y sucede lo contrario a *situación y protección*. ¿Ha querido usted hacer redondillas ó cuartetas asonantadas? Porque su *Cuestión difícil*, lo es verdaderamente en cuanto a la versificación.

J. P. M.—*Cartagena*.—DIFILO.—R. C. G.—S. V.—C. R.—*Madrid*.—KAN-EBRIG.—*Sevilla*.—D. G. R.—*Valladolid*.—F. B. DE B.—*Zamora*.—E. B.—*Barcelona*.—E. C.—*Oviedo*.—Señores, perdonenme ustedes, si no les contesto por separado, pero tengo ante mi vista un montón de cartas que aterra. Siento decir a ustedes que no puedo aprovechar nada de lo que me remiten.

MADRID: 1899.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

MADRID

Tres meses, 2,50 ptas. — Seis id., 4,50. — Año, 8.

PROVINCIAS

— Semestre, 5 ptas. — Año, 9. —

Anuncios españoles: Pesetas 0,25 línea.



UNIÓN POSTAL

— Un año, 15 pesetas. —

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25.

Anuncios extranjeros: Francos 0,25 línea.

PASTILLAS BONALD (DE COCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

LORENZO PÉREZ

SASTRE

(ANTIGUO CORTADOR DE LA CASA MUNSURI)

Montera, 8, entresuelo.

UNIFORMES CIVILES Y MILITARES \* LIBREAS \* ABRIGOS DE SEÑORA

Tiene esta casa tal precisión en las medidas y perfección en el corte, que prenda que hace puede tenerse la seguridad, que garantiza, de que es completamente nueva, pues jamás saca composturas, que son las que hacen que la ropa parezca usada antes de estrenarla.

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

PETRÓLEO GAL PARA EL PELO Echeandía, ARENAL, 2.

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.